

# Los inicios de un mercader

Sergio A. A. Hernández



Image not found.

# Capítulo 1

## *Carta a mis colaboradores*

*A todos los miembros del grupo de mercaderes que me dio acogida por tanto tiempo. A partir del día de hoy anuncio mi retiro, la razón, ya con veinte años en mi haber y con la muerte de mi padre, su gran amigo, es momento para que emprenda mi propio rumbo. No sé que me depare lo que siga mas allá, tal vez la riqueza o la escasez, o simplemente el trabajo incansable, pero solamente puedo estar seguro de una cosa, hay que hacer de todo para conseguir el oro.*

*Sin más que decir y esperando comerciar con ustedes de nuevo adiós.*

*Edgard Oblivioni, el comerciante de la moneda de madera.*

Mientras vivíamos junto a la caravana éramos mi padre, mi madre, mi hermana y yo. Mi padre Almond Oblivioni era un gran comerciante que se dedicaba a la trata de diversas materias, desde vegetales hasta las finas telas, pasando por la trata de esclavos e incluso como pactante entre mercenarios. Mi madre Ema Taradrita era hija de uno de los miembros más antiguos de la caravana de comerciantes, por lo que la relación que tuvo con mi padre hasta su muerte, si bien era muy feliz, siempre estuvo acompañada de discusiones sobre que, cuanto y donde hacer negocio, más que una familia también eran socios.

Por otra parte, mi hermana Helen era una chica que yo detestaba, como decía mi padre, las mujeres de esta familia son víboras cariñosas, te quieren tanto que te estrangulan. Mi hermana Helen era una joven muy bien vista entre mis amigos, por lo que fue muy natural para mí el verla contraer matrimonio con uno de los miembros de la caravana y abandonar la familia a temprana edad de 15 años (una niña añeja según mi madre).

En cuanto a lo que a mí respecta, era del promedio dado que no llamaba la atención con actitudes valerosas u ostentosas pertenencias, simplemente porque no era de mi interés. Tanto para mi padre como para casi todos en la caravana el oro y los artículos de gran valor lo eran todo, hasta si vender a un familiar, todo era válido.

Aunque para mí no tenía gran sentido, dado que cuando era más pequeño había hecho una apuesta con mi padre donde él me dijo "si logras hacer un negocio te tratare como un adulto niño".

Para resolver esto pensé de todo hasta que se ocurrió vender pequeñas figuras de madera dado que se me daba bien el tallado. Pero a pesar de lo

bueno que era, ni mis amigos ni nadie estaban dispuestos a comprar muchas como para llamarlo un negocio, solo vendía una o dos cada cierto tiempo. Aunque un día mi amigo Lecht me pregunto:

Lecht: oye Ed de casualidad ¿tienes la figura tres?

Yo: ¿tres?

En ese momento me percaté de que a cada figura que tallaba le había marcado un número y por ello a Lecht le llamaron más la atención. Al dar vueltas en mi cabeza esta idea se me ocurrió hacer una colección de estas figuras y así lograr un negocio, pero aun así no era rentable, hasta que di con la solución.

Mi problema era que mis figuras lo valían el oro que yo quería, por lo que solamente tenía que hacer que valieran mucho de algo más. Con esto en mente un día Kan vino a comprarme una figura, pero no se la vendí.

Kan: oye Ed ¿Por qué no puedes venderme el conejo eh?

Yo: no es que no pueda vendértelo, es solo que mis figuras ya no las vendo por oro.

Ante esto Kan no entendía de que estaba hablando hasta que le mostré la carta estrella de mi plan.

Yo: ahora vendo mis figuras a cambio de estas monedas de madera con piedra, si tienes 25 de ellas el conejo es tuyo.

Kan: entiendo, pero donde consigo esas monedas

Yo: toma a cada uno de ustedes les di 5 monedas, estas las he hecho yo, si quieren más deberán pagarme 10 monedas de plata por 15 monedas de madera.

Kan: entiendo, entonces dame 75 monedas, aquí tienes una moneda de oro.

Yo: entiendo, pues ven mañana y tendré tus monedas listas.

Así comencé a esparcir mi idea, cambie el valor de las monedas de oro, plata y cobre por estas nuevas monedas y como era el único que las producía era realmente rentable por lo que podía llamarlo un negocio, aunque no pensé que sería tan popular.

Después de un tiempo comencé a ver que las figuritas que hacía solamente las intercambiaban por las monedas que había hecho y como había un número limitado de figuras, estas empezaron a subir de valor,

por lo que ahora solamente venían a comprarme monedas y cuando hacia un nuevo número, este y sus copias se vendían por un precio que después se multiplicaba fácilmente entre ellos.

Al cabo de un tiempo el plan de negocio termino así: al haber tantas monedas en circulación, cuando hacia una nueva figura, mis amigos me regresaban las monedas que les había vendido y cuando querían monedas para comprarse las figuras entre ellos venían a comprarme las monedas que ellos me habían entregado pagando en oro, plata o cobre.

Era genial, en un momento pensé que solo podría ir a mejor, al ver mis ahorros, estos ya no cabían en el baúl que tenía para ellos, por lo que compre uno más grande y con ruedas. Pero entonces los adultos se enteraron.

Con el pasar del tiempo mis monedas no solo se cambiaban por las figuritas, sino que también las cambiaban por dulces u otros juegos, dado que algunos se habían quedado sin dinero para comprarme más, por lo que un día algunos intentaron intercambiarlas con los adultos, y he de ahí la destrucción de mi plan.

Esa noche la mitad de los adultos de la caravana estaban reunido alrededor de nuestra carpa y la otra mitad un poco más atrás regañando a sus hijos. El líder del grupo decía que yo había estafado a los niños cambiándoles madera barata por oro y que los obligue a perder todo su dinero. Mi padre estaba furioso:

Almond: ¡iiiiEdgard. cómo se te ocurre semejante disparateiiii iiven aquí ahora y restriega tu cara en el piso pidiéndoles perdón a todosiiii

Yo: no me disculpare, solamente gane la apuesta

Almond: ¿Apuesta?

Yo: ¡Si i

Líder del grupo: de que diablos están hablando

Yo: Papa había apostado conmigo de que si lograba hacer un negocio me trataría como un adulto

Líder del grupo: y eso que tiene que ver

Yo: es que esas monedas son mi negocio

Al explicar mi plan a mi padre y los miembros de la caravana, estos quedaron impresionados de que un niño de 9 años lograra tal hazaña y por ello permitieron que me quedara con el dinero, pero que a cambio

dejara de operar mi idea. Mas que decidir tuve que aceptar, dado que las alternativas que me daba mama no eran de las más civilizadas, por lo que además de ganar una gran fortuna que hasta hoy no he gastado, desde ese día fui tratado como un adulto y participaba de las reuniones de los comerciantes ganándome el apodo de "moneda de madera".